

TENGO quince años y escribo en el cuarto de los aperos, sobre una mesa que mi abuelo ha improvisado con cuatro maderas y que cojea con el movimiento de la mano. Hace frío, la nieve acecha las casas enjalbegadas. Me gusta meterme aquí y oír el murmullo del río, ver el cuerpo de mi abuela arrojando a los gatos tacos de tocino y restos del arroz del mediodía, con el cuerpo tan doblado que parece un compás. A esta edad uno sueña con grandes cosas. Grandes planes que uno piensa cumplir a rajatabla. Todavía no sé que de todo cuanto fantaseo sólo habrá una cosa –quince años más tarde– que sobreviva: un hombre de treinta en otra mesa igual de precaria que deseará escribir con la misma ingenuidad con que lo hago ahora, a los quince.

Hace frío esta mañana. Abro un libro. Empieza a oler a leña.

La lentitud llega más rápido al misterio.

Siendo niño, me gustaba mirar a la abuela partiendo almendras en el huerto, debajo de los árboles antiguos. Tenía a sus pies dos canastas de esparto, una para la cáscara y otra para el fruto. Lo que hacemos con el tiempo es algo parecido: hemos de escoger qué hacer con él a cada instante, si dárselo al amor o a la tiniebla.

*No veo la miseria que hay, sino la belleza que aún queda:* que esto lo dijera Anne Frank tiene más mérito.

Conduzco preocupado, por la mañana. Sentado al volante, soy el prototipo del hombre moderno: cigarro encajado en los labios, con prisa y angustiado por cuestiones materiales; es decir, nada importante. Entonces freno con brusquedad: casi atropello a un hombre que se disponía a cruzar el paso de cebra. De su mano camina un niño de pocos años con una mascarilla y un pañuelo blanco cubriendo su cabeza. Su imagen, la de un niño con cáncer, tan parecido al mío hace unos años, se me antoja un pasado que vaga perdido por la ciudad del presente, sin saber que ya ha sucedido. Reanudo la marcha. Ese niño al que casi atropello es un ángel. A partir de ahora, el resto del día, todo será menos preocupante. El amor ha ocupado el lugar que le corresponde.

Morir no es para tanto. Es mucho peor vivir en el infierno.

En el terrado, mis hijos ríen mientras juegan con mi abuela. Mi hijo mayor tiene siete años. Mi abuela ochenta y nueve. Y sin embargo juegan en igualdad de condiciones. El niño y el anciano, al no tener futuro, son huéspedes del instante.

La realidad como un paquete sin abrir, en la puerta de casa, con la palabra URGENTE. Por eso escribo, para ver lo que contiene.

En la orilla del río, un álamo enfermo lleva días agonizando. A su lado, reza una familia de gorriones.

Esta noche, volviendo del trabajo en el coche, he apagado la radio, he bajado la ventanilla pese al frío y he dejado que el viento improvise una sinfonía.

El futuro sucede mientras lo tememos.